



CIP-ECOSOCIAL

EL CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL) ES UN ESPACIO DE REFLEXIÓN, ENCUENTRO Y DEBATE QUE ANALIZA LAS TENDENCIAS Y LOS CAMBIOS PROFUNDOS DE NUESTRO TIEMPO DESDE UNA PERSPECTIVA CRÍTICA Y TRANSDISCIPLINAR.

CREADO POR FUHEM EN 1984, SE DEDICÓ EN SUS INICIOS AL ANÁLISIS DE LA AME-NAZA QUE SUPONÍA LA GUERRA FRÍA. EL ESTUDIO DE LA GLOBALIZACIÓN, LA ECOLOGÍA, LAS MIGRACIONES, LAS IDENTIDADES Y LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y EL DESARROLLO HAN IDO ENRIQUECIENDO SU VISIÓN A LO LARGO DE LOS AÑOS. EN LA ACTUALIDAD, EL CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ ASUME UN ENFOQUE ECOSOCIAL QUE VINCULA LAS RELACIONES DEL SER HUMANO CON SU ENTORNO SOCIAL Y NATURAL. A PARTIR DE TRES DE LOS GRANDES RETOS DE LA SOCIEDAD ACTUAL COMO SON LA SOSTENIBILIDAD, LA COHESIÓN SOCIAL Y LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA, EL CENTRO ESTABLECE SUS TEMAS CENTRALES.

MÁS INFORMACIÓN EN: WWW.FUHEM.ES/CIP-ECOSOCIAL/

CARLOS TAIBO

PROFESOR DE CIENCIA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID, ES AUTOR DE UNA VEINTENA DE LIBROS QUE SE OCUPAN DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL DEL MOMENTO. ENTRE LOS MÁS RECIENTES SE CUENTAN *GUERRA ENTRE BARBARIES* (PUNTO DE LECTURA, MADRID, 2002), *¿HACIA DÓNDE NOS LLEVA ESTADOS UNIDOS?* (EDICIONES B, BARCELONA, 2004), *CRÍTICA DE LA UNIÓN EUROPEA* (CATARATA, MADRID, 2005), *RAPIÑA GLOBAL* (PUNTO DE LECTURA, MADRID, 2006), *MOVIMIENTOS ANTIGLOBALIZACIÓN* (CATARATA, MADRID, 2007) Y, EN COLABORACIÓN CON JOSÉ LUIS SAMPEDRO, *SOBRE POLÍTICA, MERCADO Y CONVIVENCIA* (CATARATA, MADRID, 2006).

Carlos Taibo

**150 preguntas
sobre el nuevo desorden**



DISEÑO DE COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© CARLOS TAIBO, 2008

© CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL)
DUQUE DE SESTO 40
28009 MADRID
TEL: 91 576 32 99
FAX: 91 577 47 26

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2008
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL: 91 532 05 04
FAX: 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

150 PREGUNTAS SOBRE EL NUEVO DESORDEN

ISBN: 978-84-8319-380-8
DEPÓSITO LEGAL: M-31.878-2008

ESTE MATERIAL HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

ÍNDICE DE PREGUNTAS 7

SIGLAS 13

PRÓLOGO 15

CAPÍTULO 1. LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA 23

CAPÍTULO 2. LOS INSTRUMENTOS Y LOS AGENTES
DE LA GLOBALIZACIÓN 52

CAPÍTULO 3. EL ESTADO EN LA GLOBALIZACIÓN 69

CAPÍTULO 4. LA POBREZA 91

CAPÍTULO 5. LOS ESCENARIOS DE LA POBREZA 117

CAPÍTULO 6. EL PLANETA AGREDIDO 148

CAPÍTULO 7. LA POTENCIA HEGEMÓNICA 170

**CAPÍTULO 8. LAS CONTESTACIONES DE LA HEGEMONÍA:
LA UNIÓN EUROPEA 203**

**CAPÍTULO 9. LAS CONTESTACIONES DE LA HEGEMONÍA:
RUSIA Y LAS POTENCIAS EMERGENTES EN ASIA 226**

CAPÍTULO 10. EL NUEVO DESORDEN 241

CAPÍTULO 11. UNA APISONADORA CULTURAL 281

CAPÍTULO 12. MOVIMIENTOS QUE CONTESTAN 297

NOTAS 319

BIBLIOGRAFÍA 331

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y DE CONTENIDOS 337

ÍNDICE DE PREGUNTAS

1. ¿Qué recorrido ha seguido la palabra 'globalización'?	23
2. ¿Qué intereses se adivinan por detrás de la extensión planetaria de la palabra 'globalización'?	24
3. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de la globalización capitalista?	26
4. ¿Cómo cobró cuerpo la globalización actual?	29
5. ¿Es la globalización un fenómeno realmente nuevo?	30
6. ¿Cuál es el motor ideológico de la globalización en curso?	32
7. ¿Adónde conduce la globalización capitalista?	34
8. ¿No abraza Estados Unidos una especie de 'globalización a la carta'?	36
9. La globalización capitalista, ¿no se ha visto acompañada de crisis periódicas?	39
10. ¿Por qué la globalización capitalista tiene un cariz fundamentalmente especulativo y financiero?	42
11. ¿Tiene la globalización un carácter descentralizado e igualitario?	46
12. ¿No han sido muchos los pensadores marxistas que han previsto un irremediable proceso de globalización?	48
13. ¿No ha suscitado la globalización en curso recelos en la propia práctica capitalista?	49
14. ¿No es la competitividad uno de los mitos centrales de la globalización capitalista?	52
15. ¿Qué papel desempeñan, en la globalización capitalista, las empresas transnacionales y la deslocalización?	54
16. ¿Qué son la Organización Mundial del Comercio y el Acuerdo Multilateral de Inversiones?	55
17. ¿Qué son los paraísos fiscales?	58
18. ¿Qué papel corresponde al crimen organizado y a las mafias en el proceso de globalización?	59

19. La globalización, ¿implica cambios de relieve en lo que respecta a los grupos humanos dirigentes?	61
20. ¿Cuál es el asiento tecnológico de la globalización en curso?	62
21. ¿Qué son las macrociudades?	64
22. Las ONG, ¿facilitan la resolución de los problemas de los países más pobres?	66
23. ¿Qué papel desempeñan los sindicatos en el proceso de globalización? ..	67
24. ¿Qué papel corresponde al Estado en el proceso de globalización?	69
25. ¿Qué acosos padece la soberanía de los Estados?	70
26. ¿No hay motivos para sostener que los Estados conservan funciones de notable relieve?	72
27. ¿Qué es lo que, al calor de la globalización, está ocurriendo con los Estados del bienestar?	74
28. ¿Qué visión ha defendido la izquierda en relación con los Estados y sus problemas?	76
29. ¿Existe alguna relación entre la globalización capitalista y la extensión de la democracia?	79
30. ¿No implica la globalización capitalista una agresión en toda regla contra los principios de la democracia representativa?	80
31. Las estructuras de asociación entre Estados, ¿son un obstáculo o un estímulo para la globalización?	82
32. ¿Hay en curso algún proyecto de gestación de un Gobierno mundial? ..	83
33. Ante la globalización capitalista, ¿no es inevitable una respuesta de carácter nacionalista?	85
34. ¿Tan irracionales son las demandas de independencia que ven la luz en muchos lugares del planeta?	87
35. ¿Es el derecho de los Estados lo único importante a la hora de evaluar el despliegue de procesos de autodeterminación y secesión?	89
36. ¿Qué son los planes de ajuste del Fondo Monetario Internacional? ...	91
37. ¿Qué supone la deuda externa?	93
38. ¿Qué naturaleza exhiben los problemas demográficos?	96
39. ¿Qué sucede con la pobreza y la desigualdad en el marco de la globalización capitalista?	97
40. ¿Qué dimensiones presenta el hambre?	99
41. ¿Se aprecian progresos en el terreno de la educación, de la sanidad o del trabajo?	101
42. ¿Cuáles son los principales problemas que acosan a los niños?	103
43. ¿Por qué se habla de feminización de la pobreza?	104
44. ¿Qué son los Objetivos del Milenio?	107
45. ¿Qué importancia tienen las migraciones en el mundo contemporáneo?	109
46. ¿Por qué las migraciones interesan en el magma de la globalización capitalista?	110
47. ¿Ha crecido el número de refugiados y desplazados?	112
48. ¿Es tan difícil encarar los problemas sociales más graves que se presentan en el planeta?	113
49. En el marco de la globalización capitalista, ¿qué papel corresponde a la ayuda al desarrollo?	114

50.	¿Es diferente el panorama que se presenta en los distintos escenarios del Tercer Mundo?	117
51.	¿Cómo se engarza América Latina en las reglas del juego del planeta contemporáneo?	119
52.	La aparente democratización registrada a finales del siglo XX, ¿ha tenido efectos saludables en América Latina?	122
53.	¿Qué significa el acceso al poder, en muchos países de América Latina, de fuerzas políticas emplazadas en la izquierda?	124
54.	¿Qué están haciendo los nuevos Gobiernos de izquierda en América Latina?	125
55.	¿Qué riesgos se adivinan en el futuro de los procesos de cambio en América Latina?	129
56.	¿Por qué suele decirse que es en África en donde mejor se revelan las miserias de la globalización capitalista?.....	130
57.	¿Cuál es el panorama económico, social y político que arrastra África?	133
58.	¿Cuál es la naturaleza de los conflictos bélicos que se desarrollan en África?	135
59.	¿Por qué fracasaron los sistemas de tipo soviético?	137
60.	¿Cuál es la naturaleza de las fórmulas económicas que han cobrado cuerpo en la Europa central y oriental?	139
61.	¿Quiénes son los beneficiarios, y quiénes las víctimas, de las fórmulas económicas imperantes en la Europa central y oriental?.....	141
62.	¿Por qué se habla de un horizonte de tercermundización para buena parte de la Europa central y oriental?	143
63.	¿Qué dimensiones exhibe la pobreza en los países del Norte?	145
64.	¿Por qué es obligado hablar de una aguda crisis ecológica?	148
65.	¿Cuáles son los principales problemas medioambientales que se manifiestan en el inicio del siglo XXI?	150
66.	¿Qué es el cambio climático?	152
67.	¿Qué sentido tienen los argumentos de escépticos y negacionistas en relación con el cambio climático?	155
68.	¿No son muchos los conflictos vinculados con el agua?	157
69.	¿Qué ocurre con las materias primas energéticas?	158
70.	¿Qué perspectivas se abren al calor de la energía nuclear?	159
71.	¿Qué problemas plantea el modelo agroalimentario que está cobrando cuerpo?	161
72.	¿En virtud de qué lógica se trasladan al Sur los problemas medioambientales?	164
73.	¿Qué horizontes se revelan al amparo de los estudios sobre el genoma humano y de los intereses de las transnacionales farmacéuticas?	165
74.	¿Qué ocurre en el planeta contemporáneo con las catástrofes naturales? ...	166
75.	¿Qué es lo que se impone hacer a efectos de restaurar deteriorados equilibrios medioambientales?	168
76.	¿En qué medida puede afirmarse que Estados Unidos es, en el terreno económico, la potencia hegemónica del momento?	170
77.	¿No hay en la política exterior norteamericana una tensión entre aislacionismo e intervencionismo?	172

78.	¿Hay en Estados Unidos alguna inclinación por los enfoques multilaterales?	173
79.	¿Cuál es la dimensión militar de la política norteamericana?	175
80.	Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, ¿no se ha servido interesadamente Estados Unidos de la amenaza terrorista?	177
81.	¿Qué consecuencias planetarias han tenido los atentados del 11 de septiembre de 2001?	179
82.	¿Cuáles son las razones que explican la intervención militar desarrollada en Iraq por Estados Unidos en marzo de 2003?	181
83.	¿Ha fracasado en toda regla Estados Unidos en Iraq?	183
84.	¿Qué ocurre en Iraq hoy?	184
85.	Las intervenciones norteamericanas en Afganistán e Iraq, ¿no son muy semejantes?	186
86.	¿Qué ha ocurrido en los últimos años en Palestina y en su entorno? ..	188
87.	¿Es Irán el próximo objetivo de la agresividad norteamericana?	190
88.	¿Qué problemas energéticos debe afrontar Estados Unidos?	192
89.	¿Cuáles son los principales problemas que se revelan en el horizonte de la hegemonía norteamericana?	194
90.	¿Cuáles son los objetivos del escudo antimisiles norteamericano?	196
91.	¿Qué son los 'Estados gamberros'?	198
92.	¿No parece Estados Unidos el ejemplo mayor de lo que es un 'Estado gamberro'?	200
93.	¿Hay otras potencias, Estados Unidos aparte, con pretensiones hegemónicas?	203
94.	¿Cuáles son los fundamentos de la 'construcción europea'?	205
95.	¿Conserva su sentido la distinción entre un capitalismo estadounidense y otro europeo?	206
96.	¿Qué relación mantiene la Unión Europea con la globalización capitalista?	208
97.	¿Qué fue la 'directiva Bolkestein' y qué es el Acuerdo General sobre el Comercio y los Servicios?	209
98.	¿Cuáles son las causas de los crecientes conflictos sociales que se revelan en países europeos como Francia?	211
99.	¿Cuál es la naturaleza del proyecto político de la Unión Europea?	212
100.	¿Qué balance presenta la Unión Europea en lo que se refiere a derechos y libertades?	214
101.	¿Qué significó el tratado constitucional de la Unión Europea?	215
102.	¿Cuáles son los problemas principales que plantean las ampliaciones de la Unión Europea en la Europa central y oriental?	217
103.	¿Qué es lo que hay que saber en relación con la política exterior de la Unión Europea?	220
104.	¿No se aprecia una confrontación cada vez más clara entre el euro y el dólar?	222
105.	¿Qué expectativas cabe augurar a una política de defensa independiente del lado de la Unión Europea?	224
106.	¿Cómo hay que valorar las políticas desplegadas en Rusia por el presidente Putin?	226
107.	¿Qué papel estratégico desempeña Rusia?	228

108.	¿Cuáles son las características del modelo japonés?	230
109.	¿Cuáles son los rasgos que definen a los llamados 'dragones asiáticos'?	232
110.	¿Cuál es el futuro que se reserva a China?	234
111.	¿Qué papel internacional desempeña China?	236
112.	¿Hay alguna posibilidad de que China y Japón aparten sus diferencias y propicien la aparición de una nueva macropotencia en Asia?	237
113.	¿Qué papel corresponde a la India en el marco de la globalización? ...	238
114.	¿Qué grado de independencia corresponde a la Organización de Naciones Unidas?	241
115.	Los esfuerzos de la Organización de Naciones Unidas. ¿se aprecian a través de mejoras sensibles en las relaciones entre los Estados?	243
116.	¿Qué papel se asigna a la Organización del Tratado del Atlántico Norte en el marco de la globalización capitalista?	245
117.	¿Ha cambiado tanto la Organización del Tratado del Atlántico Norte desde el final de la confrontación entre bloques?	247
118.	¿A qué responde la ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en la Europa central y oriental?	249
119.	¿Cuál es la naturaleza de las nuevas amenazas, y en singular de la islamista, que el mundo occidental ha procurado identificar? ...	250
120.	¿Qué papel desempeña el terrorismo en las relaciones internacionales contemporáneas?	253
121.	¿Qué es lo que se entiende por intervencionismo humanitario?	256
122.	¿No es el intervencionismo humanitario una estrategia al servicio de las grandes potencias?	258
123.	¿Qué progresos se han realizado en materia de gestión de una legislación penal internacional?	261
124.	¿Cuál es la naturaleza de los conflictos bélicos que se revelan en muchos lugares del planeta?	262
125.	¿Qué cabe esperar de los conflictos bélicos al amparo del auge de la globalización capitalista?	264
126.	¿Por qué se habla de conflictos olvidados?	266
127.	¿Cómo afectan a la infancia los conflictos bélicos?	268
128.	¿Qué se entiende por Estados fallidos?	270
129.	¿Qué derrotero está siguiendo el gasto militar en el planeta?	272
130.	¿Qué ocurre con la industria de armamentos y el comercio de armas?	274
131.	¿Se han realizado progresos notables en materia de control de armamentos?	276
132.	¿Por qué se habla de un doble rasero para dar cuenta de muchas de las posiciones que se hacen valer en las relaciones internacionales?..	278
133.	La globalización, ¿no implica la consolidación de una cultura claramente uniformizada y de matriz occidental?	281
134.	¿Qué papel corresponde a los medios de comunicación en la articulación de la globalización capitalista?	283
135.	¿Qué tareas principales desempeñan los medios de comunicación hoy en día?	285
136.	¿Cabe albergar esperanzas en relación con un uso alternativo de Internet?	286
137.	¿Asistimos a una dictadura de la publicidad y de las marcas?	288

138.	¿No es la globalización en curso un proyecto francamente etnocéntrico?.....	290
139.	¿Cuál es el sentido de la tesis de Huntington que habla de un choque de civilizaciones?	292
140.	¿Qué falla en la propuesta que habla de una Alianza de Civilizaciones? ..	294
141.	¿Cuál es el nombre que debemos atribuir a los movimientos que contestan la globalización capitalista?	297
142.	¿Qué rasgos muestran los movimientos hostiles a la globalización capitalista?	298
143.	¿Cuáles son las principales querencias ideológicas de los movimientos de contestación?	300
144.	¿Qué activos, y qué problemas, arrastran los foros y las contracumbres?	302
145.	¿Qué otros problemas deben encarar los movimientos antiglobalización?	303
146.	¿Qué importancia tiene la violencia que rodea a algunas manifestaciones de los movimientos hostiles a la globalización capitalista?	305
147.	¿Qué es lo que proponen, como alternativas, los movimientos que rechazan la globalización capitalista?	307
148.	¿Por qué muchos de los movimientos antiglobalización apoyan proyectos orientados al 'decrecimiento'?	310
149.	¿Qué es la tasa Tobin?	314
150.	¿Cuáles son las virtudes principales que exhiben los movimientos antiglobalización?	315

SIGLAS

ACNUR	Alto Comisariado de Naciones Unidas para los Refugiados
ADN	ácido desoxirribonucleico
AGCS	Acuerdo General sobre el Comercio y los Servicios
AIEA	Agencia Internacional de la Energía Atómica
ALBA	Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América
ALCA	Área de Libre Comercio de las Américas
AMI	Acuerdo Multilateral de Inversiones
ANZUS	Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos
ASEAN	Asociación de Naciones del Asia del Sudeste
ATTAC	Asociación por una Tasa sobre las Transacciones Financiero-Especulativas para Ayuda a los Ciudadanos
BM	Banco Mundial
CEI	Comunidad de Estados Independientes
CNUCED	Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo
EE UU	Estados Unidos
FAO	Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
FMI	Fondo Monetario Internacional
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio

SIGLAS

IPG	Índice de Progreso Genuino
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONG	organización no gubernamental
ONU	Organización de Naciones Unidas
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PNUD	Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo
SIDA	síndrome de inmunodeficiencia adquirida
UE	Unión Europea
UEO	Unión Europea Occidental
UNESCO	Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UNICEF	Fondo Internacional de Emergencia de Naciones Unidas para la Infancia
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

PRÓLOGO

Casi siete años después de la primera de las tres ediciones que tuvo este libro parece llegado el momento de ponerlo al día. No puede olvidarse que en esos siete años se ha revelado con toda su crudeza el designio de los gobernantes norteamericanos en el sentido de imponer reglas de obligado cumplimiento a enemigos, competidores y resistentes. Con las agresiones militares estadounidenses en Afganistán e Iraq como principal botón de muestra, han quedado atrás las medias tintas que, mal que bien, marcaron un decenio, el último del siglo XX, en un grado u otro impregnado por el intervencionismo autocalificado de humanitario.

En la estela de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el inicio del siglo XXI nos ha permitido asistir a una visible radicalización de procesos que con anterioridad —es cierto— no nos eran desconocidos. Hemos podido palpar, por lo pronto, un intervencionismo desbocado liderado por Estados Unidos. A su amparo han cobrado entidad, por añadidura, fenómenos inquietantes como una obscena anulación del sistema de Naciones Unidas, un retroceso general en lo relativo a derechos y libertades, el despliegue de fórmulas de perversa resolución de conflictos de largo aliento, una apuesta planetaria por el crecimiento del gasto militar o, en fin, un empleo interesado de la amenaza que supone eso que ha dado en llamarse *terrorismo internacional*. En la trastienda han podido

apreciarse los efectos de un proceso, la globalización capitalista, que, merced a su franca defensa de la especulación, las fusiones de capitales, la deslocalización y la desregulación, lleva camino de generar un paraíso fiscal de escala planetaria a cuyo amparo parecen ratificarse —bien lo saben los países del Tercer Mundo— atávicas exclusiones y desigualdades. Nada retrata mejor ese escenario que el comunicado difundido en su momento por una agencia de noticias brasileña: “35.615 niños murieron de inanición el 11 de septiembre de 2001. Víctimas: 35.615 niños (fuente: Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO). Lugar: países pobres. Programas especiales de televisión: ninguno. Artículos de prensa: ninguno. Mensajes del presidente: ninguno. Actos de solidaridad: ninguno. Minutos de silencio: ninguno. Foros organizados: ninguno. Mensajes del Papa: ninguno. Mercados bursátiles: no les importó. Euro: siguió su camino. Nivel de alerta: cero. Movilización militar: ninguna. Teorías de conspiración: ninguna. Principales sospechosos: países ricos”.

No deja de ser paradójico, sin embargo, que en un planeta aparentemente hipercontrolado por una potencia hegemónica avasalladora las relaciones sean mucho menos previsibles que en un pasado, reciente, marcado por la competición entre dos grandes bloques. Al calor de la globalización capitalista se ha gestado una situación de perfiles difíciles de aquilatar, en la que la codicia desenfrenada de unos pocos puede conducir a un escenario extremadamente delicado. Tal y como lo ha señalado Eric Hobsbawm, el capitalismo de nuestro tiempo parece haber perdido el sentido del miedo. De ahí que puedan cobrar cuerpo escenarios tan dispares como el vinculado con el fortalecimiento de activas redes de solidaridad y con la consolidación y generalización de fórmulas de crimen organizado. Y es que, aunque tenemos un conocimiento razonablemente valioso de cuál es el origen de la globalización en curso —las discusiones al respecto exhiben un relieve menor—, son pocas nuestras certezas cuando llega el momento de iluminar el futuro. Porque tal globalización, ¿es el estadio final de un largo proceso histórico o, por el contrario, y en virtud de los efectos del caos generalizado que se adivina, el fermento de un orden completamente distinto? Los desarrollos anteriores del capitalismo, ¿son

suficientes para explicar la lógica de la globalización o, antes bien, ésta arrastra unas reglas tan singulares y novedosas que a duras penas el pasado ofrece alguna luz? La certificación de que la etapa previa al surgimiento de la globalización capitalista estaba ya cargada de miserias, ¿no es acaso el único dato que puede aportarse en provecho, bien que relativo, de aquélla? Sean cuales sean las respuestas que hilvanemos ante esas preguntas, son pocos los motivos para el optimismo si no cambian radicalmente las reglas del juego. Bastará con recordar que en tres decenios la población activa del planeta se incrementará en 1.200 millones de personas cuya incorporación al mercado laboral se antoja extremadamente difícil; esa circunstancia, por sí sola, invita a augurar una creciente confrontación tanto en el centro como en la periferia. Pero conviene subrayar, en paralelo, que la amenaza totalitaria que se cierne surge en el núcleo del capitalismo globalizador, y no de resultados de su contestación. Y surge, ante todo, en virtud de la condición no democrática de aquél. Es a los poderosos, por otra parte, a quienes hoy interesa suprimir las fronteras y garantizar una plena movilidad para los capitales. Su apuesta en ese sentido nada tiene que ver con un prurito universalista, y sí, muy al contrario, con un hondo egoísmo particularista y, en una de sus dimensiones más olvidada, etnocéntrico.

Algunos de los sustentadores efectivos del macabro orden mundial actual se han visto impelidos a reconocer, siquiera sea de cara a la galería, que no todo discurre como debiera. Bastará con recordar las declaraciones de uno de los directores gerentes del Fondo Monetario, quien señaló que "son los países ricos los que con su cicatería están comprometiendo el futuro del Tercer Mundo, por no haber realizado los cambios estructurales para que la globalización funcione para todos". O las del otrora presidente del Banco Mundial, James D. Wolfensohn, quien acusó a los Estados ricos de no haber hecho nada por reducir la deuda externa, de aminorar los flujos de ayuda al desarrollo y de no abrir sus mercados. O las de uno de los editoriales del *Financial Times*, que en marzo de 1998 se preguntaba sobre la viabilidad, en el largo plazo, del actual sistema y llamaba la atención sobre los riesgos derivados de un escenario en el que en Occidente se imponen "los inversores financieros, exaltados

por la idea de que [...] disfrutan de un derecho de origen divino sobre el botín que configuran los dividendos de los resultados económicos de las empresas del sector industrial". En la misma línea, pero acaso desde perspectivas más inquietantes, se ha empezado a revelar cierto cambio en la actitud de determinadas grandes empresas, que parecen decididas a incorporar, a efectos presuntamente publicitarios e interesados, una apariencia de preocupación ética y social.

A las dudas en lo que respecta a la capacidad del capitalismo para asumir los retos contemporáneos se agrega la certificación de que el cambio climático, por un lado, y el encarecimiento insorteable de las materias primas energéticas, por el otro, van a generar en los años venideros problemas adicionales. "Triste cosa es comprobar que la naturaleza habla y que el género humano no le escucha", escribió Victor Hugo. La inmediatez y la contundencia de esos dos procesos es inevitable que estimulen una discusión relativa, ni más ni menos, a la idoneidad del mercado, y del propio capitalismo, para resolver tales problemas. Al calor de esa discusión se aprestan a recuperar impulso, con certeza, muchos movimientos de contestación que han empezado a interesarse por cuestiones vitales como el crecimiento, el consumo y las necesidades. Hay quien se ha atrevido a sugerir al respecto, por cierto, que sólo una buena recesión podría salvar a las economías del Norte.

La contrapartida es, con todo, fácil de identificar: los principales centros de poder en el planeta se disponen a desplegar un ambicioso y asesino darwinismo social orientado a reservar, para unos pocos, recursos que, las cosas tal y como van, se anuncian escasos. No se olvide que, conforme a una lectura legítima, buena parte de las políticas que ha abrazado George Bush hijo puede interpretarse en esa clave. Ahí está, como testimonio indeleble, el designio de reservar para su país —o al menos para las elites dirigentes del mismo— materias primas muy golosas, a través tanto de un creciente control de yacimientos y conductos como de políticas orientadas a garantizar los precios internacionales que convengan. Pero ahí está también el firme propósito, tan importante como lo anterior, de reducir las posibilidades al alcance de eventuales competidores y de acabar con enemigos, supuestos o reales, estatales o *privados*.

No puede dejar de sorprender que los gobernantes norteamericanos del momento permanezcan aparentemente ciegos ante la hondura de los riesgos que se avecinan. Semejante conducta sólo se explica con arreglo a dos apreciaciones: si la primera sugiere sin más que revelaría una formidable y ciega inconsciencia ante lo que se nos viene encima, la segunda, en el horizonte mental que aquí estamos desarrollando, apunta que la respuesta a esos retos está llamada a recordar poderosamente a lo que fueron muchas de las políticas abrazadas, setenta años atrás, y con las consecuencias que ya conocemos, por la Alemania nacionalsocialista. En tal sentido, el caos general que se estaría instalando en tantos ámbitos al calor de la globalización capitalista, aunque en principio, y sobre el papel, una consecuencia indeseada de esta última, a la postre se convertiría en una formidable ventana de oportunidad para satisfacer de forma obscena los intereses de unos pocos. Así las cosas, la principal incógnita que tenemos entre manos no es otra que la que nos emplaza ante nuestra capacidad —la de movimientos de muy diverso cariz— para iluminar un horizonte distinto. Al amparo de ese horizonte, y recelosos de las eventuales ventajas que puedan derivarse de un caos de escala planetaria, tendremos que proponer nuevas bases que, de carácter racional, emplacen en un primer plano la justicia, la igualdad y los derechos de las generaciones venideras, y lo hagan, por añadidura, tomando en consideración cabal a *todos* los habitantes del globo, en la perspectiva de satisfacer necesidades, y no en la de multiplicar los beneficios.

Olvidemos ahora, con todo, estos debates y procuremos resumir la perspectiva desde la que se ha encarado la redacción de este libro. Vaya por delante que la obra que el lector tiene entre sus manos no es en modo alguno una introducción a la política internacional contemporánea, ni se propone analizar conflictos concretos y abarcar en una densa consideración todos los espacios geográficos: en ella prima la dimensión contestataria del orden hoy existente, de tal forma que, aunque, probablemente, todo aquello de lo que se ocupa es relevante, son muchos los fenómenos de envidia que han quedado en el tintero. La perspectiva con la que los textos están redactados responde, por lo demás, a un esfuerzo orientado a proporcionar, antes que nada, informaciones básicas

sobre fenómenos como la pervivencia de la relación Norte-Sur al amparo de la globalización capitalista, las agresiones medioambientales, los problemas de Naciones Unidas, el papel hegemónico de Estados Unidos, la condición de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, el intervencionismo humanitario o el *terrorismo internacional*. Como quiera que se entiende que identifican situaciones cuya condición apenas puede ponerse en duda, en esta obra se mencionan numerosos datos estadísticos que están sujetos a controversia. Por detrás hay, sin embargo, un problema más grueso, como es el de la dificultad de aprehender estadísticamente una realidad nueva, la de la globalización capitalista, que por muchos conceptos se resiste a semejante ejercicio. Y despunta, también, la necesidad de contestar una lógica económica que acepta de buen grado que hay crecimiento cuando éste es el resultado de fenómenos tan poco estimulantes como el gasto militar, la ampliación del universo carcelario o el desarrollo de la industria del automóvil. O que hace otro tanto sin tomar en consideración que el sistema económico es un mero subsistema de otro más amplio cuya condición debe ser rigurosamente tenida en cuenta.

Éste es el momento adecuado para reseñar, en suma, los cambios que esta obra incorpora en relación con las tres ediciones de las que fue objeto en 2002-2003. Señalemos al respecto que, en lo que atañe a la versión inicial del libro, se han suprimido algunas preguntas, y respuestas, que han perdido visiblemente actualidad; se ha puesto al día la información contenida en las restantes, y, en suma, se ha agregado medio centenar de nuevas preguntas que —parece— dan cuenta de manera razonable de los cambios registrados en la textura del planeta a lo largo de los años transcurridos. Piénsese, si no, en las mentadas agresiones norteamericanas en Afganistán e Iraq, en el general deterioro en derechos y libertades, en las mutaciones experimentadas por conflictos de largo aliento o en el propio cambio climático.

Es obligado agregar, en fin, que en la tarea de actualizar esta obra se han utilizado, a menudo muy modificados, materiales publicados en otros lugares y momentos. Es el caso de varios capítulos de libros colectivos: “¿Guerra contra el terror?”, en L. Stobart (coord.), *Resistencias a la guerra global* (La tempestad, Barcelona, 2003),

págs. 21-26; "Hegemonía con quiebras", en VV. AA., *Washington contra el mundo* (Foca, Madrid, 2003), págs. 23-32; "La descartografía del mundo. Estados fallidos y conflictos olvidados", en J. Nogué y J. Romero (dirs.), *Las otras geografías* (Tirant Lo Blanch, Valencia, 2006), págs. 81-96; "América Latina: los activos de la contestación", en VV. AA., *Construyendo un futuro. I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos* (Inquietud Latinoamericana, Madrid, 2007), págs. 83-96, y "Diez sugerencias para repensar, críticamente, la Unión Europea", en T. Carnero y F. Archilés (dirs.), *Europa, Espanya, País Valencià. Nacionalisme i democràcia: passat i futur* (Universitat de València, Valencia, 2007), págs. 337-352. Y es el caso también de trabajos que han visto la luz en diversas publicaciones periódicas. Así, "China y Japón", en *El Correo* (3 de mayo de 2005); "Hablemos mejor de explotación e injusticia", en *El Correo* (16 de noviembre de 2005); "Infancia y conflictos bélicos", en *El Correo* (3 de octubre de 2006); "Globalización, alterglobalización, antiglobalización", en *Diagonal* (nº 48, 15-28 de febrero de 2007); "Kosova y el derecho de los Estados", en *Diagonal* (nº 73, 6-19 de marzo de 2008); "*El fetiche del crecimiento*", de Clive Hamilton, en *Eines* (nº 4, primavera de 2008); "Globalización a la carta", en *El País* (5 de enero de 2004); "¿El zar listo?", en *El País* (12 de mayo de 2004); "Afganistán, Irak", en *El País* (26 de julio de 2004); "Conflictos olvidados", en *El País* (1 de octubre de 2005); "La urgencia de un nuevo pacifismo", en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (nº 100, 2008); "De Porto Alegre a Bombay", en *El periódico de Cataluña* (20 de enero de 2004); "El fiasco Bolkestein", en *El periódico de Cataluña* (15 de abril de 2005); "El truco de la competitividad", en *El periódico de Cataluña* (21 de abril de 2006); "Unión Europea y globalización", en *Temas para el debate* (nº 132, noviembre de 2005), y "La trastienda petrolera", en *Tiempos salvajes* (nº 1, septiembre-octubre de 2003). El autor quiere agradecer a las editoriales, diarios y revistas mencionados las facilidades que han dado en lo que respecta a la reproducción de todos estos materiales.

CAPÍTULO 1

LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

MI PREOCUPACIÓN, AHORA COMO ENTONCES, NO ES TÉCNICA [POR LA EFICIENCIA DEL SISTEMA], SINO SOCIAL Y POLÍTICA, POR LA GENTE DE A PIE A LA QUE NUNCA SE LE HA PREGUNTADO SI QUERÍA APOSTAR SUS TRABAJOS, SUS AHORROS Y SUS RENTAS EN ESTE SISTEMA CAPITALISTA QUE FUNCIONA COMO UN CASINO. [...] LA GRAN DIFERENCIA ENTRE UN CASINO CUALQUIERA AL QUE UNO DECIDE ENTRAR, O QUEDARSE FUERA, Y EL CASINO GLOBAL DE LAS ALTAS FINANZAS ES QUE EN ESTE ÚLTIMO TODOS ESTAMOS INVOLUNTARIAMENTE IMPLICADOS EN EL JUEGO DE CADA DÍA.

S. Strange

1. ¿QUÉ RECORRIDO HA SEGUIDO LA PALABRA 'GLOBALIZACIÓN'?

La palabra *globalización* está, ahora, en todos los labios. Ello es así hasta el punto de que no ha faltado quien ha acuñado un término ingenioso, el de *globalblabla*, para ilustrar el vigor creciente de una verborrea poco respetuosa con el análisis racional de los hechos y nada vinculada con una visión estructurada, sea cual sea ésta, de los procesos en curso. Como lo ha subrayado Juan Carlos Monedero¹, no deja de sorprender que la palabra *globalización* —o su pareja *mundialización*, que a los ojos de muchos respondería a un uso más correcto en castellano— haya tenido tanto y tan rápido éxito “para describir *toda* la actualidad política, económica, jurídica y cultural en el planeta”.

Que el de *globalización* es un término que ha impregnado el debate político cotidiano y ha adquirido una inusitada presencia en los círculos académicos lo refleja bien a las claras un hecho que da cuenta de su rápido asentamiento: el número de entradas correspondientes a esta palabra en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos (EE UU) creció desde 34 en 1994 hasta nada menos que 693 en 1999². Conviene recordar que, en paralelo, se ha acrecentado también, y sensiblemente, el uso de un puñado de términos más

o menos afines, esgrimidos en ocasiones desde perspectivas ideológicas muy dispares. Tal es el caso, por citar unos cuantos ejemplos, de los que hacen referencia a los procesos de internacionalización, liberalización, desregulación, universalización, occidentalización, colonización y desterritorialización³.

Dejando al margen lo anterior, la palabra *globalización*, tal y como hoy se usa en castellano, parece proceder de la correspondiente inglesa (*globalization*), que se incorporó a un diccionario por vez primera, en EE UU, en 1961. Antes, y en el propio mundo de la lengua inglesa, habían adquirido carta de naturaleza términos afines como los correspondientes al verbo *globalizar* (*globalize*) y al sustantivo *globalismo* (*globalism*). La palabra que nos ocupa ha acabado por fecundar, de cualquier modo, muchas lenguas: de la misma suerte que en castellano se dice *globalización*, en italiano se habla de *globalizzazione*, en portugués de *globalização*, en alemán de *Globalisierung* y en ruso de *globalizátsiya*. Bien es verdad que en otros escenarios se han impuesto los presuntos derivados del francés *mondialisation* (mundialización); así ha sucedido, por ejemplo, con las lenguas holandesa (*mondialisering*) o rumana (*mondializare*). Lejos del ámbito de las lenguas indoeuropeas, en fin, y como es fácil suponer, se han impuesto a menudo otras raíces⁴.

2. ¿QUÉ INTERESES SE ADIVINAN POR DETRÁS DE LA EXTENSIÓN PLANETARIA DE LA PALABRA 'GLOBALIZACIÓN'?

Aunque la palabra *globalización* existe desde tiempo atrás, su expansión se produjo en los hechos en la segunda mitad del decenio de 1990. No hay ningún motivo para concluir que esa irrupción fulgurante tuviese un carácter neutro, improvisado y espontáneo. Sobran, en cambio, los que aconsejan sostener que obedeció, antes bien, a razones tan precisas como tramadas.

Tomémonos la molestia de dar cuenta de la principal de esas razones, y sugiramos que de lo que se trataba, por encima de todo, era de deshacerse de otras palabras, y en singular del vocablo *capitalismo*, que para muchos habían retratado de manera razonablemente fidedigna, hasta ese momento, la mayoría de las relaciones

económicas. Esas molestas palabras tenían, claro, una imagen negativa a los ojos de la mayoría de los habitantes del planeta. Conven-gamos que, al menos en principio —otra cosa fue lo ocurrido después, al amparo de la labor de zapa desarrollada por los movimientos de contestación—, la operación que ahora nos interesa, ingeniosa y eficiente, permitió retratar en clave genéricamente saludable lo que antes se nos antojaba marcado por un sinfín de taras, y ello, por añadidura, sin que hubiesen cambiado un ápice —o, al menos, sin que hubiesen cambiado para mejor— la mayoría de las relaciones económicas.

Los movimientos de contestación hubieron de decidir, por lo demás, si acataban o repudiaban la presencia de la palabra *globalización*. La segunda de las opciones, el repudio, que hubiera sido perfectamente legítima, se topó al poco, sin embargo, con la cruda realidad de que el término en cuestión, bien es cierto que a menudo con perfiles nebulosos, lo inundaba casi todo. Al cabo, y de forma premeditada o no, los movimientos parecieron encontrar una solución de compromiso. Si por un lado dieron en aceptar que las mutaciones registradas en la condición del capitalismo —no remitían tanto a la manifestación de fenómenos nuevos como a un ahondamiento o radicalización de los ya conocidos: desregulación, especulación, fusiones, deslocalización...— justificaban que se aceptase, aun a regañadientes, el vocablo *globalización*, por el otro adujeron que correspondía agregar tras éste algún adjetivo que permitiese recuperar, hasta donde fuere posible, una vocación crítica.

Se empezó a hablar, así, de *globalización neoliberal* y, también, de *globalización capitalista*. Importa subrayar que estas dos expresiones, aparentemente equivalentes y empleadas de manera indistinta tanto por estudiosos como por activistas, exhiben diferencias nada despreciables. Se puede contestar agriamente al neoliberalismo, por entender que es una manifestación extrema y desaforada del capitalismo, para al mismo tiempo acatar este último, como se puede, en sentido diferente, rechazar por igual —esto es lo que acontece en la mayoría de las redes hostiles a la globalización del momento— el neoliberalismo y el capitalismo. Por razones que saltan a la vista, esta última posibilidad no parece que quedase claramente recogida al amparo de la expresión *globalización neoliberal*.

Agreguemos, eso sí, que, por mucho que apenas hayan prosperado, no han faltado otras respuestas al problema que nos ocupa; ahí está, sin ir más lejos, el ya mencionado intento, forjado en Francia, de apuntalar la palabra *mundialización* para reflejar lo que sería una suerte de globalización de perfiles saludables.

De alguno de los argumentos que ya hemos expresado se sigue sin problemas una conclusión: existe una poderosísima línea de continuidad entre lo que en el pasado se dio en llamar *imperialismo* y *capitalismo*, por un lado, y lo que hoy, por el otro, se sugiere debemos entender que es la *globalización*.

3. ¿CUÁLES SON LOS RASCOS MÁS SOBRESALIENTES DE LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA?

En los dos últimos decenios los movimientos financieros se han desarrollado de forma espectacular y han perdido paulatinamente su relación con los movimientos de bienes. Si las operaciones en los mercados de cambios ascendían a 18.000 millones de dólares a principios del decenio de 1970 y a 200.000 millones en 1986, habían alcanzado —en el despegue del proceso de globalización— la espectacular cifra de 1,3 billones en 1995, para emplazarse en 1,8 billones tres años después. Este último guarismo era, por otra parte, sesenta veces superior al volumen de intercambio de bienes y servicios⁵. “Una sola jornada de especulación afecta a una masa de capitales superior a la totalidad de las reservas de cambio de los bancos centrales” (Dominique Plihon)⁶.

Conforme a otra estimación, las transacciones que se verificaban en sólo diez días a principios del siglo XXI alcanzaban un valor semejante al volumen de la producción anual de bienes y servicios. Al mismo tiempo, se habían acrecentado de forma notable las inversiones directas en el exterior, medidas como porcentaje del producto bruto mundial —de un 7,8 por ciento en 1967 pasaron a un 14 por ciento en 1988 y a un 21,4 por ciento en 1996, de nuevo en el inicio del proceso globalizador— y la presencia de capitales foráneos en los grandes mercados financieros —si era de un 5 por ciento en 1960, había ascendido a un 40 por ciento treinta años después⁷—,

mientras crecía paulatinamente, en fin, el comercio mundial —de un 4 por ciento de incremento anual entre 1853 y 1913 se pasó a un 6 por ciento entre 1950 y 1985, y a un 7,5 por ciento entre 1985 y 1996, con crecimientos similares, bien que sometidos a vaivenes, en los diez años posteriores⁸—.

Los flujos especulativo-financieros propiciaron, en paralelo, una activa concentración del capital. En sólo dos decenios se multiplicaron por siete los activos afectados por las fusiones⁹, de tal suerte que hoy existen numerosas empresas cuyo volumen de operaciones es mayor que el producto interior bruto de muchos Estados. Piénsese, por ejemplo, que el de General Motors es superior al producto interior bruto de Dinamarca, o que el de Exxon-Mobil excede al de Austria. En un escenario en el que cualquiera de las cien empresas mayores vende más de lo que exporta cualquiera de los 120 Estados más pobres¹⁰, de las cien primeras potencias económicas —Estados como empresas— 51 son, por lo demás, transnacionales¹¹. El fenómeno de las fusiones parece haber adquirido, en suma, una espectacular aceleración: si en 1980 aquéllas movían 25.000 millones de dólares, en 1996 hacían lo propio con 350.000 millones¹². Que el proceso no remitía lo testimonia el hecho de que en los nueve primeros meses de 2005 ascendió a 1.657.000 millones de dólares la cifra implicada en fusiones y adquisiciones de empresas¹³. Como bien lo señala Joaquín Estefanía, "la paradoja es que, en busca de una mayor liberalización de los mercados, se produce una concentración de poder económico sin precedentes"¹⁴.

La enorme movilidad alcanzada por los capitales ha propiciado la integración de ambiciosas cadenas de producción y distribución esparcidas a lo largo y ancho del planeta. Al amparo de este proceso se ha verificado una general deslocalización de muchas de esas cadenas, en busca de situaciones económicas y políticas —bajos salarios, escasos gravámenes, regímenes autoritarios— más ventajosas. Una decena de países del Sur, los emplazados en lo que en la terminología de Immanuel Wallerstein se entiende por *zona semi-periférica*, se lleva la parte del león de los supuestos beneficios que la globalización en curso ejerce en el Tercer Mundo, como lo ilustra parcialmente el hecho de que en 2008 hubiese, entre las cincuenta

empresas más relevantes que cotizaban en bolsa, siete compañías chinas y dos brasileñas¹⁵. Esas *economías emergentes* son, por otra parte, las que más crecen: en 2007 su crecimiento fue de un 8,1 por ciento, frente a una media de un 2,5 por ciento en los países desarrollados¹⁶. Mientras, y en cambio, el conjunto de África recibía tan sólo un 0,65 por ciento de los flujos de inversiones, frente al 71 por ciento que tenían por destino EE UU, la Unión Europea (UE) y Japón, en lo que es fiel ilustración de cómo éstas rehuyen numerosas regiones¹⁷. Lo anterior aparte, y según una estimación, el 80 por ciento de la inversión directa en el exterior de las economías parece haberse destinado a operaciones de fusión y readquisición que comúnmente han llevado aparejada, no la creación de riqueza sino, antes bien, la destrucción de empresas y empleos locales. Para que nada falte, en fin, y al calor de la primacía de las inversiones de cariz especulativo, aunque los capitales procedentes del Norte encaminados hacia el Sur se triplicaron entre 1990 y 1996, adoptaron las más de las veces la forma de inversiones en cartera, nada propiciadoras de un desarrollo a largo plazo¹⁸.

En el trasfondo de la situación que hemos descrito despunta un hecho: ha ganado rápidamente terreno un significativo proceso de desregulación, esto es, de supresión de normas limitadoras de la libre circulación de los capitales. Un estudio realizado por la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (CNUCED) entre los años 1991 y 1997 concluyó que 135 Estados habían reducido el peso de sus regulaciones, en tanto sólo 15 habían acrecentado¹⁹. Es verdad, con todo, que el término *desregulación* no deja de ser problemático. Como bien lo ha subrayado Samir Amin, "no hay mercados desregulados, salvo en la economía imaginaria de los economistas 'puros'. Todos los mercados están regulados y no funcionan sino con esa condición. El único problema es saber por quién y cómo se han regulado. Tras la palabra *desregulación* se esconde una realidad inconfesable: la regulación unilateral de los mercados por el capital dominante"²⁰.

Mucho se ha discutido, en fin, sobre si la globalización capitalista es un proceso tramado o no. Lo que importa subrayar es que, si no lo es, refleja, de cualquier modo, los efectos de la lógica del *todo*

vale que es inherente al desarrollo del capitalismo contemporáneo. Esto al margen, resulta de todo punto evidente que las empresas planifican sus actividades y que la Organización Mundial del Comercio (OMC) pretende hacerlo también. Dado este antecedente, parece ingenuo afirmar que la globalización en curso es, sin más, el producto del desarrollo natural de las fuerzas productivas.

4. ¿CÓMO COBRÓ CUERPO LA GLOBALIZACIÓN ACTUAL?

Aunque la globalización capitalista era un proceso razonablemente previsible, habida cuenta de los desarrollos anteriores del capitalismo, asumió al cabo una aceleración inesperada, claramente influenciada por decisiones de cariz político asumidas, ante todo, en EE UU. La mayoría de los estudiosos señala, por lo demás, que la aceleración invocada guardó relación con el hundimiento de los sistemas de tipo soviético, con el triunfo de fórmulas neoliberales en buena parte de la Europa central y oriental y con el progresivo agotamiento del modelo chino, cada vez menos compacto y con una sospechosa inclinación al reconocimiento, en zonas enteras del país, de formas de capitalismo no precisamente medurado. Lo más probable es, de cualquier modo, que la globalización capitalista se hubiese verificado, acaso con reglas algo distintas y con ritmos algo más lentos, aun en el caso de que los fenómenos que acabamos de reseñar no se hubiesen hecho valer.

Ya hemos señalado que en la base económica del actual proceso de globalización se encuentra el crecimiento de los intercambios comerciales registrado desde el final de la segunda guerra mundial. Se ha estimado que aquéllos crecieron con arreglo a un ritmo anual del 6,5 por ciento en términos reales, mucho más rápido, por tanto, que el del crecimiento de la producción. Piénsese que el producto mundial per cápita fue experimentado crecimientos cada vez menores con el paso de los años: si era de un 4 por ciento anual entre 1960 y 1973, se situó en un 2,4 por ciento entre 1973 y 1980, para emplazarse en un liviano 1,2 por ciento entre 1980 y 1993²¹. Una deriva semejante correspondía, por lo demás, a la inversión privada.

De resultas del crecimiento en los intercambios, en la segunda mitad del siglo XX el comercio mundial se multiplicó por doce mientras la producción lo hacía por seis. El proceso que nos ocupa fue posible, claro, en virtud de una general desaparición de las barreras aduaneras y se vio acompañado del ya invocado desarrollo de los flujos especulativo-financieros. Las operaciones con divisas, que comúnmente están en el origen de estos últimos, exceden en diez veces, conforme a una estimación, a las necesidades estrictas planteadas por los intercambios comerciales.

Se han identificado, con todo, otros elementos aceleradores del proceso de globalización. Paul Hirst y Grahame Thompson se han referido a media docena de ellos: la quiebra del sistema de Bretton Woods y las crisis del petróleo del decenio de 1970, que generaron muchas turbulencias en las economías capitalistas desarrolladas; los esfuerzos realizados para compensar los problemas anteriores por medio de inversiones en el Tercer Mundo; el visible impulso experimentado por la internacionalización de los mercados financieros, en estrecha relación con fórmulas desreguladoras y con el abandono de los mecanismos de control cambiario; una activa desindustrialización en el Norte acompañada del rápido desarrollo de un puñado de países en vías de industrialización, y, en suma, el giro operado desde la producción estandarizada y en masa hacia fórmulas más flexibles²².

5. ¿ES LA GLOBALIZACIÓN UN FENÓMENO REALMENTE NUEVO?

Al margen de lo que se acaba de señalar, mucho se ha discutido sobre los orígenes de la globalización actual. Al respecto se ha sostenido que sus antecedentes se encuentran en la gestación de un sistema mundial marcado por el capitalismo a partir del siglo XVI, como se ha sugerido que deben buscarse en la aparición, mucho más reciente, de las empresas transnacionales. De manera más precisa, en ocasiones se ha identificado el punto de partida de la globalización en la supresión de los tipos de cambio fijos o, más recientemente, y como ya hemos apuntado, en el hundimiento del bloque soviético y en la consiguiente desaparición de fórmulas

económicas que, mal que bien, permanecían al margen de la lógica del capitalismo liberal²³. Néstor García Canclini ha afirmado que las explicaciones que procuran en épocas lejanas el origen de la globalización acostumbra tener un carácter fundamentalmente económico, en tanto las que lo cifran en momentos más próximos suelen considerar otras dimensiones, como las políticas, las culturales o las vinculadas con la comunicación²⁴.

A menudo se ha subrayado, con razón, la existencia de semejanzas entre la globalización en curso y fenómenos registrados en el pasado, en el ámbito, ante todo, de la lógica tradicional del imperialismo y del colonialismo de otrora, o en el del propio desarrollo de las relaciones comerciales internacionales. Al respecto de estas últimas, y por citar un ejemplo, con frecuencia se ha apuntado que en términos porcentuales el crecimiento de las inversiones en el exterior no ha sido mayor en el decenio de 1990 que en la etapa anterior a la primera guerra mundial. Parece, con todo, que hay algunas diferencias sustanciales. Por lo pronto, mientras antes de 1914 eran muchos los Estados que no participaban en la economía internacional, ahora todos ellos se hallan inmersos en el proceso, bien es cierto que con mayor o menor intensidad. En segundo lugar, el desarrollo tecnológico, y en particular el que afecta a las telecomunicaciones, permite hoy una relación mucho más rápida y fluida, bien plasmada en un sinfín de fórmulas de deslocalización y especulación financiera. En tercer término, en fin, aunque los flujos de capital real puedan no ser muy superiores a los del pasado, los de capital financiero se han disparado de manera visible²⁵. Una de las secuelas evidentes de todo lo anterior es que, mientras antes de 1914 se entendía que era tan posible como razonable que un Estado asumiese políticas proteccionistas y, en su caso, optase por fórmulas más o menos autárquicas, hoy ese horizonte parece mucho menos hacedero.

Roger Burbach agrega, con todo, que una diferencia más con respecto al pasado es la que se deriva de la dificultad, ingente, de medir muchos fenómenos, y de las confusiones que de ello pueden derivarse. "Hay quien ha señalado que, como quiera que sólo un 15 por ciento del producto industrial mundial lo generan las plantas que las grandes empresas tienen en el exterior, ello significa que la

producción industrial nacional sigue siendo abrumadoramente mayoritaria. Semejante razonamiento olvida que buena parte de esa producción nacional la controlan transnacionales que tienen intereses y estrategias globales. Esas transnacionales determinan directamente las formas de producción de las corporaciones y la estructura de las relaciones sociales en las economías nacionales en las que se basan”²⁶.

6. ¿CUÁL ES EL MOTOR IDEOLÓGICO DE LA GLOBALIZACIÓN EN CURSO?

La fuerza ideológica inspiradora de la globalización de finales del siglo XX no fue otra que el neoliberalismo, un versión radicalizada del pensamiento liberal clásico que, plasmada ante todo en lo que se dio en llamar el *Consenso de Washington*, estima que deben reducirse al mínimo las intervenciones económicas de los Estados en provecho de una iniciativa privada que no debe ser sometida a cor-tapisa alguna.

Perry Anderson ha subrayado que el neoliberalismo no es en modo alguno un pensamiento débil: “En su mismo fundamento, la teoría neoliberal proporciona una especie de programa máximo que permite que los Gobiernos elijan los elementos más adaptados a las circunstancias coyunturales e incluso al contexto institucional”²⁷. El neoliberalismo supo esperar, por lo demás, a que llegase su momento, de tal forma que lo que varios decenios antes se hubiese antojado impensable —desregulación, privatizaciones, extensión del desempleo— acabó por imponerse como una realidad en apariencia normal. No sólo eso: las políticas correspondientes fueron desplegadas a menudo, como ahora subrayaremos, por fuerzas teóricamente emplazadas en la izquierda. Dieron resultados en el marco estricto de los objetivos para los que fueron diseñadas —multiplicar los beneficios empresariales, consolidar ganancias en las bolsas, controlar la inflación o anular a los sindicatos—, y ello pese a que sus fracasos fuesen evidentes en el terreno del crecimiento económico o en el de las inversiones, y, naturalmente, también en el de la reducción de la desigualdad y la injusticia.

El espaldarazo mayor para las ideas neoliberales se verificó en el decenio de 1980 tanto en EE UU como en el Reino Unido. En uno como en otro caso, y al calor de las políticas económicas abrazadas por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, las familias más ricas multiplicaron sus ingresos mientras éstos se reducían, en cambio, en el caso de un alto porcentaje de la población. Pero las ideas que nos ocupan adquirieron pronto predicamento a los ojos de Gobiernos que se autocalificaban de socialdemócratas. Ahí estaban los ejemplos, en los decenios de 1980 y 1990, de la Francia de François Mitterrand —en donde se procedió a abandonar el programa del Partido Socialista en provecho de recortes significativos en el gasto público, remisión de políticas de bienestar social y congelaciones salariales—, la Suecia socialdemócrata —empeñada en la desregulación de los mercados financieros y la abolición de los controles en las operaciones de cambio— y, más tarde, el Reino Unido de Tony Blair y la Alemania de Gerhard Schröder. El propio proceso de gestación de la moneda única europea se asentó, sin tapujos, en la aplicación, en muchos casos por Gobiernos formalmente socialdemócratas, de criterios neoliberales. Estos últimos han inspirado con claridad, como lo testimonió en 2005 el fracasado tratado constitucional de la UE y lo ha certificado en 2007 el *mini tratado* suscrito en Lisboa, los movimientos de una Comisión Europea en clara confrontación con los servicios públicos, inclinada a defender a capa y espada nuevas privatizaciones y franca partidaria, en fin, de la desregulación que preconizan instancias como la OMC. Esta situación invita a concluir que la globalización capitalista no sólo se llevó por delante a los sistemas de tipo soviético fenecidos en 1989-1991: también colocó en una situación crítica a la socialdemocracia realmente existente, las más de las veces incapaz de asumir otra reacción que la que pasa por el acatamiento, manifiesto o vergonzante, de los postulados neoliberales. El proyecto vinculado con un capitalismo domesticado también entró, pues, en crisis aguda.

El discurso neoliberal se ha impuesto, por lo demás, como si fuese natural y no reclamase, en consecuencia, de excesiva formalización. Noam Chomsky ha señalado al respecto que “fuera de los estudiosos y de los que forman parte del mundo de los negocios, el término *neoliberalismo* es en gran medida desconocido y no lo utiliza

el común de las gentes, sobre todo en EE UU. Por el contrario, las propuestas neoliberales se presentan como políticas de libre mercado que fomentan la iniciativa privada y la libertad del consumidor, premian la responsabilidad personal así como la iniciativa empresarial, y socavan la inoperancia de los Gobiernos incompetentes, burocráticos y parasitarios, que nunca hacen nada bueno ni cuando ponen empeño, lo que rara vez ocurre. [...] Cuando son elocuentes, los partidarios del neoliberalismo dan la impresión de estar realizando un inmenso servicio a los pobres, al medio ambiente y a todo lo demás, mientras despliegan políticas que benefician a la minoría acaudalada”²⁸. La traducción de lo anterior al mundo de la globalización es la pretensión de que ésta alcanza a todos y a todos beneficia por igual. No era en algo diferente en lo que pensaban Karl Marx y Friedrich Engels cuando escribieron que “cada nueva clase que toma el lugar de aquella que dominaba está obligada, para lograr sus fines, a concebir su interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad. O, para expresar las cosas en el plano de las ideas: está obligada a dar a sus pensamientos forma de universalidad, a representarlos como los únicos razonables, los únicos universalmente válidos”²⁹.

7. ¿ADÓNDE CONDUCE LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA?

En caso de que aceptásemos que la globalización en curso es el estadio final y venturoso del desarrollo del capitalismo, habría que preguntarse si no existen límites para el proceso correspondiente y si, en un sentido diferente, éste no abocará en un caos generalizado que puede ser el fermento de un orden completamente distinto. Eso es lo que parece apuntar Ulrich Beck: “Riesgo significa también, en el extremo opuesto, el desbocado galopar hacia el peligro que acecha a la civilización y la civilidad humanas; es decir, la catastrófica posibilidad de que el progreso se torne en barbarie”³⁰. En esa clave, el gran peligro del futuro inmediato estriba precisamente en una amenaza: la de que la absoluta libertad de que han empezado a gozar los movimientos de capitales acabe, en virtud de operaciones estrictamente especulativas, con economías que en

apariencia se encuentran sólidamente asentadas. La gestación de una *sociedad del 20/80*, en la que una quinta parte de la población vivirá en la opulencia mientras se degrada la situación de las cuatro partes restantes, puede ser una de sus consecuencias, en la forma de un sinfín de zonas *salvajes* por completo fuera de control y un puñado de áreas domesticadas en las que imperen la prosperidad y la seguridad privada³¹. Y eso que, tal y como se empiezan a revelar determinados procesos, acaso es en exceso optimista la afirmación de que un 20 por ciento de la población mundial huirá de la quema.

Algunos estudiosos consideran, sin embargo, que es más que probable que se produzca una inversión de la situación en la que nos hallamos, toda vez que a un ciclo propicio a la globalización podría seguir otro hostil. Conviene subrayar al respecto que algunos autores han identificado etapas de *globalización* y de *fragmentación* en el pasado del planeta, que otros han sugerido que en varios momentos se vivieron, también, olas globalizadoras y que no ha faltado quien ha llamado la atención sobre cómo la historia ha experimentado una rotunda aceleración de tal suerte que procesos como los mencionados han asumido una imprevista compresión acompañada de las consiguientes incertidumbres.

En el contexto de este debate se ha señalado a menudo que la globalización no muestra un perfil tan rotundo como tantas veces se sostiene: muchos flujos económicos quedan a su margen, los que se verifican cobran cuerpo en el seno de unos pocos y privilegiados Estados, el ahorro interno sigue siendo en la mayor parte del planeta la principal fuente de las inversiones, las empresas transnacionales están ancladas, en el fondo, en el marco de los Estados que acabamos de invocar, el porcentaje de la actividad comercial protagonizado por esas empresas no es sino un tercio del total... El argumento que acabamos de presentar puede contestarse parcialmente con el recordatorio de que en más de un sentido el proceso de globalización capitalista no ha hecho sino empezar, de tal suerte que sus carencias de hoy pueden ser pasajeras. Esto aparte, si bien es verdad que resulta posible imaginar formas de articulación de la vida planetaria distintas de las hoy instauradas al calor del auge neoliberal, no es sencillo concebir, en cambio, una inversión rotunda del proceso globalizador como tal, con la consiguiente

vuelta al pleno protagonismo de instancias parceladas. Claro que tampoco conviene dar crédito a dos presunciones ancladas en el discurso neoliberal: la de que las disfunciones generadas por la globalización de estas horas tienen un carácter estrictamente provisional, de tal forma que una lógica impecable las corregirá antes o después, y la de que un eventual retroceso en aquélla, en el marco del proceso cíclico antes referido, acarreará un agravamiento de los ingentes problemas que acosan al planeta.

Hay que recordar, en suma, que la globalización capitalista no parece que haya supuesto una inversión en la línea de decadencia, bien que relativa, que exhibe la economía de los países aparentemente más prósperos. Semejante retroceso es tanto más significativo cuanto que de por medio se hacían sentir, cabe suponer, los efectos beneficiosos que comúnmente se asignan a dos de los procesos afines a la globalización de nuestros días: la automatización y la informatización³².

8. ¿NO ABRAZA ESTADOS UNIDOS UNA ESPECIE DE 'GLOBALIZACIÓN A LA CARTA'?

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 provocaron, según parece, una suerte de parada técnica en el proceso de globalización. Inmersa en una pasajera zozobra, la principal economía del globo, la estadounidense, no sólo redujo significativamente sus niveles de comercio exterior, sino que padeció, también, un leve retroceso en su producto interior bruto. Aunque, conforme a una primera lectura, el parón mencionado tenía un cariz pasajero y era de aguardar que los hechos recuperasen su pulso anterior, el sentido general de las políticas acariciadas desde entonces por los gobernantes norteamericanos ha invitado a recelar de semejante conclusión. De resultas, han ido ganando terreno diferentes tesis que, cortadas por un mismo patrón, en esencia vienen a afirmar que EE UU, pese a conservar formalmente la condición de líder de la globalización capitalista, está perfilando una apuesta en provecho de otros horizontes.

Las interpretaciones más radicales aseveran que, hablando en propiedad, el presidente George W. Bush se desmarcó de cualquier

proyecto que guarde relación con lo que comúnmente se ha dado en entender por globalización. Al fin y al cabo, ¿para qué competir en presunto pie de igualdad con otros si es posible imponer reglas de obligado cumplimiento? Según esta visión, como quiera que la superioridad militar norteamericana no se ve refrendada por una manifiesta preeminencia económica, la Casa Blanca se habría inclinado por fortalecer, en el exterior, la dimensión represiva de su política al tiempo que, de puertas adentro, postularía, aquí sí, una retirada del Estado en el terreno de la economía. En un proceso paralelo más general, parece fuera de discusión que los Gobiernos de los Estados ricos del Norte, desmintiendo abiertamente los principios que dicen abrazar, no dudan en acudir en socorro de las empresas de sus países cuando se producen crisis razonablemente graves.

De confirmarse el diagnóstico, y si así lo queremos, la Casa Blanca estaría defendiendo una especie de *globalización a la carta* que se solaparía con un genuino proceso de *americanización*. Tanto la una como la otra se fundamentarían en una interesada visión del papel que corresponde a un Estado preciso, el propio, y darían fe de una vieja máxima de George Canning: "Comercio sin poder allí donde es factible. Comercio con poder allí donde hace falta"³³. Por lo que a los demás Estados se refiere, en unos casos son etiquetados como *gamberros*, en tanto en otros, y en particular en el de los amigos que demuestran puntillosamente su condición de tales, se hacen acreedores de concesiones que en modo alguno ocultan, eso sí, un recorte de su soberanía. Tal y como sucedía en Roma, esos amigos pueden aportar sus soldados de tal forma que queden encuadrados, bien que en lugar subalterno, en las unidades del ejército imperial.

Nuestra *globalización a la carta* requiere, en fin, la anulación de presuntos competidores. Zbigniew Brzezinski puso las cartas sobre la mesa: "Nuestros tres grandes objetivos geoestratégicos son evitar colisiones entre vasallos y mantener a éstos en estado de dependencia, cultivar la docilidad de los súbditos objeto de protección e impedir que los bárbaros configuren alianzas ofensivas"³⁴. A buen seguro que uno de los instrumentos para dar rienda suelta a imperativos tan edificantes es el que asume la forma de presiones,

no siempre amistosas, ejercidas sobre instituciones internacionales, bancos, corporaciones y elites dirigentes. En palabras de Edward Luttwak, que ignoran llamativamente lo que ocurre en la propia casa, "no podemos aferrarnos al *laissez faire* y a la globalización de la economía mientras Asia, y quizá mañana Europa, practican la *geoeconomía*, esto es, una *economía de combate* al servicio de un solo país o de un solo grupo de países"³⁵.

Al tiempo que recula una visión de la economía mundial —la inserta en el núcleo de la globalización capitalista— en la que los Estados desempeñan un papel marginal, los consumidores son apátridas y los agentes realmente importantes no son otros que las empresas transnacionales, el aprestamiento de una *economía de combate* propia reclama, de nuevo, un reflotamiento del Estado en su dimensión represiva. Ahí están, para atestiguarlo, los flujos autoritarios que asoman en el interior de EE UU y las agresiones desarrolladas en Afganistán e Iraq. La Casa Blanca parece decidida, así las cosas, a cortocircuitar la expansión internacional del euro, a restringir las posibilidades de abastecimiento energético de imaginables competidores, a preservar pulsiones decididamente proteccionistas —en conjunto, EE UU y la UE subvencionan con 200.000 millones de dólares anuales a sus grandes terratenientes y compañías—³⁶, a establecer una férula estricta sobre las nuevas tecnologías de la información y a instituir severas medidas de espionaje y control como las que se revelan a través del programa *Echelon*. Semejante forma de torcida globalización no esconde sino una activa apuesta en provecho de una franca *americanización* del planeta.

No parece, sin embargo, que a EE UU su diseño le esté saliendo bien. Resulta llamativo, por ejemplo, que en un escenario marcado por las numerosas disfunciones que acompañan a un capitalismo predominantemente especulativo y manifiestamente descontrolado, algunas de las respuestas las estén aportando los capitales de los países productores de petróleo, de China o de Rusia. La China Investment Corporation ha acudido al rescate de Morgan Stanley, en tanto la Abu Dhabi Investment Authority y la Investment Corporation de Singapur han hecho lo propio con Citigroup³⁷. Por lo que parece, la presumible orientación político-estratégica de los *fondos soberanos* —fondos de inversión de los que

es propiedad un Estado— chinos, invertidos ante todo en la compra de bonos del tesoro norteamericanos, y rusos preocupa en Washington mucho más que las aportaciones que llegan de países del golfo Pérsico, que no tienen otro interés que el de acrecentar rápidamente los beneficios. En cualquier caso, los desequilibrios son evidentes: mientras algunas de las *economías emergentes* disponen de enormes reservas aun cuando dependan en demasía de sus exportaciones a EE UU, este último se manifiesta cada vez más cerca de una recesión que bien podría provocar un renacimiento rotundo de políticas intervencionistas y proteccionistas.

9. LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA, ¿NO SE HA VISTO ACOMPAÑADA DE CRISIS PERIÓDICAS?

Las crisis que con regular periodicidad se han ido sucediendo en diferentes escenarios del planeta revelan que la globalización capitalista no es un proceso fluido carente de problemas. Esas crisis se han manifestado en unas y otras economías, sin que al respecto se hayan hecho valer avisos que permitiesen encarar sus presumibles efectos o, más aún, frenarlas. Tal ha sido el caso de México en 1994, del oriente asiático en 1997, de Rusia en 1998, de varios países de América Latina en 1998-2001 o, por mencionar un hecho más reciente, de EE UU en 2007 de resultados de los préstamos hipotecarios de alto riesgo. Por detrás de todas estas situaciones ha despuntado la creciente dependencia que exhiben entre sí los mercados financieros. Varias de las economías afectadas se caracterizan porque se orientan ante todo a la exportación, sin que existan los colchones vinculados con una actividad económica interna más o menos sólida.

Joaquín Estefanía ha descrito en los siguientes términos la dinámica de las crisis que nos ocupan: "Cuando los capitales salen del país en cuestión, los primeros en sentir los efectos son los que piden préstamos en dicho país, ya que se quedan sin líneas de crédito y tienen que disponer de los bienes para los cuales se podía conseguir financiación hasta ese momento. A continuación, el crecimiento se hace más lento y el desempleo se acentúa; el crédito y la

liquidez se vuelven escasos, los bancos tienen que hacer frente a los malos préstamos y la confianza en el sistema financiero cae en picado. Empieza el contagio y se llama al Fondo Monetario Internacional (FMI) para que rescate la economía e inicie un proceso de acondicionamiento que puede funcionar a medio plazo, pero que tiene efectos perniciosos siempre en el corto plazo³⁸. Consecuencia de todas estas crisis han sido los graves problemas generados para los sectores más pobres y para las propias clases medias, que a menudo han desaparecido de forma literal, en un marco de general extensión del desempleo. Pero los problemas han alcanzado, por lógica, al conjunto de las economías que han dado en llamarse *emergentes*. No puede olvidarse al respecto, por lo demás, que las crisis mencionadas coincidieron con descensos significados en los precios internacionales del petróleo, del cobre y del trigo: "El principal indicador de futuros de mercancías, el Índice CRB-Bridge, que cubre diecisiete de aquéllas, cayó un 18 por ciento entre septiembre de 1997 y septiembre de 1998. La aplastante mayoría de las exportaciones de los llamados mercados emergentes se basa en mercancías primarias; como la mayor parte de estos mercados estaban muy endeudados y, por lo tanto, sus sistemas financieros y monedas eran vulnerables a un brusco deterioro de la balanza por cuenta corriente, la crisis se extendió"³⁹.

En el caso, ejemplar, de México, la crisis fue provocada por la decisión de financiar el déficit de la balanza de pagos por medio de la atracción de capitales privados de corto plazo. Al cabo de unos días se reveló una formidable huida de capitales, tanto propios como ajenos, con la consecuencia inmediata del hundimiento del peso mexicano y de la bolsa. El descenso, inevitable, en la producción abocó en una grave degradación social en el marco de un proceso que tuvo visibles repercusiones, al poco, en el conjunto de América Latina.

En 1997 el turno le tocó al oriente asiático, revelándose a la vez las fisuras de los regímenes afectados, los problemas de lo que Manuel Castells llama "Estados desarrollistas"⁴⁰ y las miserias de las nuevas relaciones económicas internacionales, asentadas en una plena desregulación de los movimientos de capitales que produjo una expansiva burbuja especulativa. El fenómeno se desplegó

en varias fases: pérdida de confianza de los inversores, huida masiva de capitales, hundimiento de las bolsas y crisis terminal, cuyos efectos principales fueron, de nuevo, un rápido deterioro de los servicios sociales, un crecimiento en el desempleo y una inflación disparada. Fiel indicador de la nueva situación lo fue un dato relativo a Indonesia: en sólo medio año el número de pobres creció desde 22 hasta 98 millones⁴¹. A la secuencia descrita se sumó un efecto dominó de reproducción, en casi todas las economías de la región, de los términos reseñados, y ello pese a que se mantuvieron moderadamente al margen aquellos países —China, la India, Taiwán y Vietnam— que habían tomado cautelas a la hora de desmantelar sus políticas de control de los movimientos especulativos de capital. Claro que los efectos de la crisis trascendieron el ámbito del oriente asiático; al fin y al cabo, los escenarios centrales de aquélla no eran países marginales del Sur, sino economías relativamente desarrolladas y claramente engrazadas en la lógica del capitalismo internacional.

La crisis se manifestó en 1998 en Rusia, donde el rublo, pese a los anuncios en sentido contrario, se derrumbó. El país dejó de atender al pago de la deuda externa y se generaron efectos negativos en todas las bolsas del planeta, todo ello sin que en los meses anteriores el Fondo Monetario hubiese mostrado ninguna intuición de lo que estaba a punto de ocurrir. Mientras, Rusia seguía exportando ilegalmente, en virtud de operaciones de evasión de capitales, sumas de dinero mucho más importantes que las que recibía en concepto de créditos del propio Fondo o del Banco Mundial (BM).

En el cono sur latinoamericano la crisis cobró cuerpo en Estados que, tras cumplir con los objetivos de los planes de ajuste y haber acometido las correspondientes reformas estructurales, demostraron que las economías carecían, pese a ello, de la consistencia suficiente para encarar el envite que venía de fuera. Ello algo le debía al hecho de que, habiéndose acometido cambios importantes en el sistema productivo y en las finanzas, no se habían visto acompañados de otros en ámbitos tan sensibles como el jurídico o el de la lucha contra la corrupción. El país estrella de la crisis fue sin duda Brasil, cuya moneda no pudo resistir el impulso especulativo.

El efecto combinado del hundimiento de la economía brasileña y del descenso operado en los precios internacionales de las materias primas —no se olvide que mientras los precios del petróleo y del gas natural han subido, los de la mayoría de las restantes materias primas han bajado, al tiempo que se han acrecentado, en cambio, los de los productos manufacturados con ellas elaborados, en ilustración palmaria de las injusticias que acompañan a la globalización capitalista— hizo que los problemas se extendiesen rápidamente a otros escenarios latinoamericanos, y singularmente, a finales de 2001, al argentino. En todos ellos se había registrado, antes, una rápida retirada de capitales especulativos.

El Fondo Monetario, que a la postre se ha limitado a actuar como apagafuegos, fue muy criticado por su manifiesta incapacidad para adoptar medidas de previsión y, en último término, por su ineptitud a la hora de diagnosticar lo ocurrido. Como ha sucedido al calor de los planes de ajuste, las políticas desplegadas al respecto por el Fondo han atendido antes a otra prioridad: la de proteger a los acreedores y garantizar la estabilidad del orden financiero internacional. De resultas, los capitales se han movido con rapidez de unos lugares a otros y, aunque las economías de los países afectados han experimentado por lo común serios reveses, los grandes inversores internacionales han salido casi siempre bien parados. Parece entonces justificada la conclusión de Manuel Castells: "Los mercados desregulados, carentes de instituciones y regulaciones dignas de confianza, equivalen a pillaje, especulación, apropiación privada abusiva y, en último extremo, el caos"⁴².

10. ¿POR QUÉ LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA TIENE UN CARIZ FUNDAMENTALMENTE ESPECULATIVO Y FINANCIERO?

La era de la globalización capitalista es también la era de la primacía de lo financiero, dotado de una creciente y asombrosa autonomía, frente al tipo de desarrollo capitalista, más material, imperante en las etapas anteriores. El escenario central ya no son las fábricas, sino las bolsas de valores, en las que, en palabras de George Brockway, se revela "el efecto del flujo de un superávit

de dinero líquido sobre el mercado de capital, que infla el valor medio de las acciones sin que ninguna inversión real se verifique"⁴³. Sobran los ejemplos de países con niveles de producción estancados en los cuales, sin embargo, las bolsas han experimentado formidables repuntes.

Ya hemos señalado que las transacciones financieras de cariz especulativo han experimentado un formidable auge, que ha hecho que alcancen dimensiones sesenta veces superiores al volumen de los intercambios comerciales. Vicenç Navarro⁴⁴ ha recordado cómo desde el colapso de los acuerdos de Bretton Woods un 88 por ciento de las transacciones financieras de escala mundial ha tenido un carácter especulativo, frente a lo que ocurría con anterioridad a ese colapso: entonces el 90 por ciento de las verificadas correspondía a transacciones comerciales e inversiones productivas. El propio Navarro⁴⁵ ha agregado que el fenómeno objeto de nuestra atención tiene mucho que ver con la saturación que, en lo que a capital productivo respecta, se ha registrado en los mercados internacionales: ello remite directamente al enorme crecimiento de las desigualdades en el planeta, donde hay un segmento, el desarrollado, en el que "los Estados subvencionan el mundo de la producción para que no produzca más, mientras que en el otro mundo, el del subdesarrollo, un niño muere de hambre cada dos segundos (era cada tres segundos diez años atrás)". Susan George⁴⁶, por su parte, señala que en la era de la globalización los procesos económicos dependen de la sustracción: el valor —la ganancia— se consigue empleando menos elementos, especialmente mano de obra, que los que usan los competidores, al tiempo que la citada mano de obra es suplida de manera ventajosa por capital e información.

Las transacciones a las que nos referimos han conseguido movilizar enormes recursos. En 1995, por ejemplo, y en EE UU, los fondos de inversión, los fondos de pensiones y los propios inversores institucionales pusieron en funcionamiento recursos por valor de veinte billones de dólares, una cifra diez veces superior a la de tres lustros antes y mayor que la del producto interior bruto norteamericano. En 1997 las familias estadounidenses tenían por vez primera más activos en valores que en propiedades inmobiliarias. "Entre 1970 y 1996 las transacciones transfronterizas de bonos

y obligaciones, medidas como porcentaje del producto interior bruto nacional, se multiplicaron por 54 en EE UU, por 55 en Japón y casi por 60 en Alemania⁴⁷. Por detrás lo que despuntaba era el crecimiento asumido por el volumen de dinero en efectivo en manos de fondos de pensiones, compañías de seguros y entidades financieras, que alcanzó en 1998 la cifra de 21 billones de dólares, una cantidad superior al producto interior bruto anual de todos los países desarrollados y equivalente a 3.500 dólares por cada uno de los habitantes del planeta⁴⁸. Estas sumas solían moverse, con rapidez y en grupo, en busca de mercados ventajosos como los que aportaron en su momento las economías, en presunta expansión, del oriente asiático o los niveles de precios, muy bajos, en América Latina o en Rusia. Lo habitual era que los fondos y las compañías que nos ocupan pidiesen prestadas, con fines especulativos, sumas muchas veces superiores a su capital real.

El proceso se veía beneficiado, en fin, por la acción homologadora de instancias como el FMI, que a la postre se encargaba de que los capitales se moviesen sin mayores restricciones. En palabras de Manuel Castells, "el resultado de la globalización financiera es quizá que hemos creado un 'autómata' que está en el corazón de nuestras economías y condiciona nuestras vidas de forma decisiva. La pesadilla de la humanidad, ver que nuestras máquinas se apoderan de nuestro mundo, parece estar a punto de volverse realidad, no en forma de robots que eliminen puestos de trabajo ni de ordenadores del Gobierno que vigilen nuestras vidas, sino de un sistema electrónico de transacciones financieras. El sistema puede con los controles y regulaciones instaurados por los Gobiernos, las instituciones internacionales y las firmas financieras privadas, para no hablar de las consideraciones de inversores particulares, consumidores y ciudadanos"⁴⁹.

Las precarias posibilidades de control de los flujos financieros obligan a extraer la conclusión de que para sus beneficiarios el planeta se ha convertido en una suerte de gigantesco paraíso fiscal en el que no tienen que dar cuenta de su comportamiento. Aunque el escenario haya podido cambiar algo en los últimos tiempos, los pocos Estados que muestran reticencias al respecto parecen, entre tanto, condenados, sea porque no se benefician de la vorágine

especulativa, sea porque acaban introyectando, aun sin desearlo, los efectos negativos de las crisis que se hallan inequívocamente asociadas con aquélla. El resultado final es una sorprendente entronización planetaria del más salvaje de los capitalismoos.

El formidable desarrollo de las transacciones financieras, beneficiadas por una no menos formidable liberalización, no alcanza a las transacciones comerciales ordinarias, en las cuales sigue primando, aunque mitigada con respecto al pasado, la lógica de los Estados. El auge de la dimensión financiera no ha dejado de provocar, por lo demás, una reacción, hasta hoy liviana, en los sectores de la economía que se hallan lejos de aquélla. Peter Sloterdijk ha señalado al respecto que "sólo los propietarios de las empresas están hoy en condiciones de defender de forma creíble los intereses de la industria y de los servicios, sectores que crean realmente riqueza, frente a la superestructura fantasmagórica de las finanzas y de la especulación"⁵⁰.

En el escenario descrito han proliferado en los últimos años, en fin, las prácticas de lo que ha dado en llamarse *contabilidad creativa*. Recuérdense al respecto los ejemplos de empresas como Enron, que ocultó 2.000 millones de dólares de deudas, World-Com, que se inclinó por no contabilizar 3.850 millones de dólares de costos, o Xerox, que infló sus ventas en 6.000 millones de dólares⁵¹. Orientada a ocultar la verdadera situación de las empresas en provecho de determinadas personas, la *contabilidad creativa* refleja el vigor de un proyecto en virtud del cual las compañías se conciben como meros activos financieros en relación con los cuales se trata de acrecentar, sin más, su valor bursátil por los medios que sean, aun a costa de dañar el funcionamiento organizativo-industrial de la firma en cuestión⁵². La nula transparencia, el engaño permanente y, en suma, la corrupción, estimuladas por la escasa fiabilidad de muchas de las empresas de auditoría —Andersen en el caso de Enron, sin ir más lejos—, han trascendido, claro es, las fronteras de EE UU, como lo testimonian los casos de Credit Lyonnais y Elf Aquitaine en Francia⁵³. Una de las consecuencias que hay que extraer es que la corrupción, tal y como lo revelan los informes de Transparency International, en modo alguno es privativa de los países del Sur.

11. ¿TIENE LA GLOBALIZACIÓN UN CARÁCTER DESCENTRALIZADO E IGUALITARIO?

La globalización a la que asistimos está claramente vinculada con, y controlada por, los tres grandes núcleos del poder capitalista que conocimos en la segunda mitad del siglo XX: EE UU, la UE y Japón. En una ilustración de algo que, por un lado, remite a la globalización, pero por el otro emplaza ante la pervivencia de relaciones tradicionales, la mayor parte de los flujos de capital —un 80 por ciento— en el decenio de 1980 discurría entre los miembros de esa tríada⁵⁴. Esos tres grandes núcleos, con un 14 por ciento de la población mundial, corren a cargo del 60 por ciento de las inversiones realizadas en el planeta, protagonizan las dos terceras partes del comercio y generan el 75 por ciento de la producción⁵⁵. Según otra estimación, los países más pobres asumen un 1 por ciento de las importaciones del planeta, en un escenario en el que la quinta parte más rica de éste mueve el 82 por ciento de las exportaciones y a la quinta parte más pobre le corresponde un escueto 1 por ciento⁵⁶.

Las cifras mencionadas no reflejan, con todo, que en la periferia más próxima de esta tríada hay un puñado de Estados estrechamente vinculados con ella: las inversiones en los países del Sur se hallan muy concentradas en un puñado de países, entre los que se cuentan —o contaban— Argentina, Brasil, China, la India, Indonesia, México y Tailandia, que por lo común disfrutaban de notables recursos naturales, aportan mercados relativamente interesantes y disponen de una mano de obra razonablemente formada. De contabilizarse la actividad comercial y la riqueza de estos países, los porcentajes invocados serían aún más ilustrativos de una situación de clara concentración del poder. Baste con incluir en los cálculos a las diez economías más importantes de entre las de los Estados que no forman parte de la tríada: si sumamos esas diez economías a las de ésta tendremos un 46 por ciento de la población mundial y un 84 por ciento de los flujos de inversiones, en el buen entendido de que en este cómputo se incluye a China, lo que provoca una franca distorsión en la cifra de población. Como quiera que el grueso de la población china apenas se ve beneficiado por un desarrollo económico que se concentra en regiones muy precisas del país, una posible

corrección ajustada a este problema invitaría a concluir que un 30 por ciento de la población mundial protagoniza un 84 por ciento de los flujos inversores⁵⁷.

Otro indicador de la franca condición de preeminencia de los países ricos es el hecho de que, si en el planeta se contabilizan unas 45.000 empresas transnacionales, nada menos que 37.000 de entre ellas se hallan instaladas en los catorce países más desarrollados, y parece razonable adelantar que buena parte de las 8.000 restantes se encuentran en los hechos controladas, también, desde el Norte del planeta⁵⁸. Esto aparte, también se ha subrayado que las diez empresas transnacionales más importantes de cada sector suelen protagonizar el grueso de la actividad correspondiente: un 86 por ciento de las telecomunicaciones, un 70 por ciento de la industria de ordenadores, un 85 por ciento de los fertilizantes...⁵⁹.

En realidad, es frecuente que se sostenga, con argumentos que parecen sólidos, que las empresas transnacionales tienen una clara vinculación con un Estado determinado —a él se ocupan de repatriar el grueso de sus beneficios— y ello pese a que comercien internacionalmente. Vicenç Navarro ha tenido a bien recordar, a manera de ilustración de lo anterior, que “las empresas transnacionales estadounidenses tienen regímenes organizativos, sistemas de financiación, así como de personal, redes de influencia y provisión, tipos de investigación y desarrollo distintos de las empresas transnacionales alemanas o japonesas. [...] Hoy una de las actividades más importantes de la política exterior de EE UU (incluyendo sus agencias de inteligencia e información) es favorecer los intereses de las compañías transnacionales estadounidenses”⁶⁰. Aunque no sólo se trata de eso: parece fuera de duda que las empresas transnacionales no están en modo alguno interesadas en alentar la integración de los sistemas estatales de innovación y de comercio, y la propia integración de las economías. Ello justifica la conclusión de que, aunque la globalización capitalista es el producto de los movimientos de empresas como éstas, paradójicamente los objetivos e intereses de las compañías mencionadas no siempre responden de forma puntillosa a la lógica correspondiente.

12. ¿NO HAN SIDO MUCHOS LOS PENSADORES MARXISTAS QUE HAN PREVISTO UN IRREMEDIABLE PROCESO DE GLOBALIZACIÓN?

Interesa subrayar que desde distintas modulaciones del pensamiento marxista se ha llamado la atención, en el pasado, sobre fenómenos que en mucho recuerdan a la globalización⁶¹. Así, Karl Marx identificó una tendencia, claramente inserta en la lógica del capitalismo, a la concentración, a la supresión de las pequeñas empresas y a la formación de grandes entidades llamadas a controlar los mercados y arrinconar toda competencia. En *El manifiesto comunista*, el propio Marx y Friedrich Engels escribieron que "con su explotación del mercado mundial, la burguesía ha imprimido un sesgo cosmopolita a la producción y consumo de todos los países. Para chasco y desazón de los reaccionarios, ha retirado de debajo de nuestros pies el mismísimo suelo nacional".

Lenin, por su parte, subrayó que "está fuera de duda que la evolución tiende a la creación de un único *trust* mundial, que comprende todas las industrias y todos los Estados, sin excepción". Rosa Luxemburg se refirió a que "la dominación y la dirección del capital se extienden por toda la Tierra, mediante la creación de un mercado mundial; el modo de producción capitalista se extiende también por todo el globo". Para Nikolai Bujarin, acaso el más certero de estos pensadores del primer cuarto del siglo XX, "el capitalismo mundial, el sistema de producción mundial, ha tomado en el curso de los últimos años el aspecto de algunos cuerpos económicos organizados y coherentes (las grandes potencias civilizadas) y una periferia de países retrasados que viven bajo un régimen agrario o semiagrario. El proceso de organización tiende a salir del marco nacional".

Es conveniente identificar, de cualquier modo, un problema que acosa a muchas de estas visiones: parecen asumir que la *globalización* a la que se refieren es tan inevitable como, al menos en principio, saludable. El capitalismo operaría a la manera de una aspiradora por la que, merced al inexcusable papel revolucionario de la burguesía, es preciso pasar si se quiere transitar más adelante hacia la revolución socialista. En otras palabras: sólo una vez que se

verifique el desarrollo de las fuerzas productivas en clave capitalista se hará valer una lucha de clases que exhibirá la necesaria dimensión planetaria y permitirá perfilar el sujeto colectivo llamado a forjar una sociedad socialista. Así, en muchos de los análisis que nos ocupan despunta la idea, visiblemente ingenua, de que a la globalización que describen seguirá de forma inexorable la gestación de un nuevo orden revolucionario y socialista. No parece en modo alguno, sin embargo, que, las cosas como están, lo anterior sea evidente y que el proceso globalizador en curso esté llamado a culminar en una explosión emancipadora.

13. ¿NO HA SUSCITADO LA GLOBALIZACIÓN EN CURSO RECELOS EN LA PROPIA PRÁCTICA CAPITALISTA?

Dentro del pensamiento neoliberal no faltan quienes discrepan de muchos de los contenidos de la globalización en curso. Si se trata de resumir las críticas que han ido apareciendo —verbalizadas o sobreentendidas—, la primera afecta a la necesidad de mantener sistemas de seguridad que permitan hacer frente a eventuales, y más que posibles, situaciones delicadas. Tal y como lo ha señalado Robert Kuttner, “los nuevos arquitectos del neoliberalismo no recomiendan el desmantelamiento de los bancos centrales; no proponen que los países avanzados pongan su política monetaria en manos de una entidad mundial sin rostro; no abandonan la supervisión de bancos y bolsas de valores. Frente a las resacas especuladoras de México y el este asiático, se apresuraron a acudir a los bancos centrales y a los organismos internacionales para las operaciones de rescate”⁶².

En un sentido semejante, Robert W. McChesney afirma que “las mismas corporaciones que exultan ideología neoliberal son a menudo hipócritas: quieren y esperan que los Gobiernos encaucen hacia ellas el dinero de los impuestos y protejan sus mercados frente a los competidores, pero desean asegurarse de que los Estados no gravarán sus actividades ni prestarán apoyo a los intereses no capitalistas”⁶³. En general, son mayoría los especialistas que concluyen que el interés de los gobiernos de EE UU y de los países integrantes

de la UE no ha estribado en acabar, sin más, con todos los controles de capital: su objetivo, más modesto, ha consistido, antes bien, en garantizar para sí mismos, cuando así convenga, el derecho a acosar a aquellos países que se muestren renuentes a aceptar las presiones y los intereses de las grandes empresas transnacionales.

Al mismo tiempo, y en segundo lugar, en determinados círculos parece barruntarse la conciencia de que no pueden cancelarse por completo las funciones asistenciales de los Estados, toda vez que se generarían situaciones muy delicadas. En algunos casos esa conciencia abre camino a otra que da cuenta de la conveniencia de evitar a toda costa, también, el hundimiento radical de los países de la periferia. En una línea parecida se sitúan las recomendaciones de quien hasta noviembre de 1999 fuera el principal economista del Banco Mundial, Joseph Stiglitz. A los ojos de Stiglitz la agenda neoliberal no está a la altura de las exigencias del siglo XXI, como lo demostraría, ante todo, la escasa capacidad de reacción demostrada por las principales instituciones económicas internacionales con ocasión de la crisis asiática de 1997. Las propuestas de Stiglitz, y las de James D. Wolfensohn, presidente del propio BM, parecen guardar relación con las defendidas por dirigentes como Bill Clinton, Tony Blair y Gerhard Schröder: lo que se dio en llamar *tercera vía* fue un programa que, sobre la base de una evidente aceptación del marco neoliberal y, en particular, de la plena movilidad de los capitales transnacionales, preconizaba determinadas políticas de carácter laboral y medioambiental en provecho de un presunto desarrollo del capital humano⁶⁴. No todas las opciones han discurrido, bien es cierto, por ese camino. Alex Callinicos se ha referido, sin ir más lejos, a querencias que se habrían hecho evidentes en los últimos años en EE UU: "Existe la sospecha generalizada de que la insistencia del Gobierno de Bush en continuar adelante con recortes masivos de impuestos, a pesar del espectacular crecimiento del déficit en el presupuesto federal, vendría motivada por el deseo de urdir una crisis deficitaria que justifique cortes drásticos en el gasto público, excepción naturalmente en la sacrosanta esfera de la defensa"⁶⁵.

Tal y como acabamos de recordar, se ha subrayado a menudo, también, la ineptitud del Fondo Monetario a la hora de encarar situaciones delicadas. Pero no han faltado críticas al propio Fondo

por determinadas políticas que implican evidentes transgresiones de reglas del juego que cabe suponer tienen un cariz universal. La actitud del FMI en relación con Rusia fue acaso la principal fuente de estas críticas, que se ocuparon de subrayar cómo, en virtud de la innegable importancia geoestratégica y geoeconómica del país, se toleró en el decenio de 1990 la colocación de sumas importantes en paraísos fiscales, se admitió un precario grado de cumplimiento de muchos de los objetivos del plan de ajuste previamente establecido o se concedieron créditos con el único objetivo de no alarmar a los inversores. Claro es que, al fin y al cabo, las veleidades mostradas por el FMI para con Rusia no son muy distintas de las exhibidas por EE UU en determinados momentos de su relación con México: no conviene tolerar una crisis sin fondo en un país con el que se comparten más de 3.000 kilómetros de frontera.

Una última fuente de disputas —ésta, a decir verdad, menores— afecta a las dimensiones no económicas, y singularmente las represivo-militares, de los Estados. Aunque lo común es que los teóricos del neoliberalismo hagan la vista gorda en lo que toca a estos menesteres, no han faltado quienes han subrayado que su tratamiento da cuenta de dramáticas contradicciones en los principios: bastará con recordar al respecto que entre 1979 y 1992, la edad dorada de Ronald Reagan y de Bush padre, EE UU no dudó en endeudarse seriamente para acometer un notable esfuerzo de crecimiento del gasto en defensa. La deuda pública norteamericana se multiplicó nada menos que por cinco en esos años, y su dimensión per cápita pasó de 3.600 a 16.000 dólares⁶⁶. Parece, sin embargo, que las causas que se veían amparadas por semejante engrosamiento de los aparatos represivo-militares justificaban el silencio en lo que atañe a estas cuestiones.